

Torres y el escritor es, por supuesto, Germán Espinosa. Para quienes frecuentamos el mundillo literario bogotano de los años ochenta y noventa, hacer esas descodificaciones es una tarea fácil; lo difícil es creer, con la misma seguridad del escritor, que la muerte de su esposa y de algunos de sus amigos fuera el producto de un maleficio y, más aún, que tal maleficio fuera arrojado contra el escritor por un poeta insignificante y medio brujo como castigo por rehusarse a escribirle un prólogo a sus poemas.



Como tantos dolientes que no aciertan a explicarse la muerte de sus seres queridos, el escritor vuelve una y otra vez sobre los hechos que antecedieron a la muerte de su esposa. Su dolor lo sumerge en una relación de causalidad sin fin, distorsionada y sin duda mágica. Le parece que la muerte de su amigo Absalón Bermeo, ocasionada por un paro cardíaco, guarda alguna conexión con la de J. M. Rubio-Salazar, producida por un cáncer de esófago, y con la de John Aristizábal, provocada por la súbita ruptura de un aneurisma cerebral. Imagina que unas muertes anuncian a las otras y que todas ellas, incluyendo más tarde la de "su damita", son responsabilidad del poeta medio brujo que lo asedia por teléfono amenazándolo si no le escribe un prólogo elogioso. En ese tejido de causalidades dispersas, algunos detalles adquieren dimensiones extraordinarias. ¿Cómo es posible, por ejemplo, que unas frágiles

rosas blancas, compradas la víspera, estén todavía vivas y Aitana no? ¿Cómo es posible que el dedo meñique de Aitana muerta permanezca tan separado de los otros dedos, inmóvil, inmóvil?

Él, el desdichado sobreviviente, tal vez piense que si narra la muerte de su esposa, si desenmascara su causa, si recuenta minuciosamente sus antecedentes y detalles, entonces alguna cosa cambie y la muerte de Aitana se evite de algún modo. Después de todo, lo que la narración intenta hacer es conciliar el hecho de que la muerte de un ser querido, siempre tan increíble, siempre tan inverosímil, ocurra en un momento tan ordinario como cualquier otro. "Life changes in the instant", escribe Joan Didion en la hermosa memoria sobre su marido, "the ordinary instant". En realidad, como nada altera la naturaleza insólita de la muerte, la narración solamente puede ofrecerle al escritor el consuelo de volver al comienzo para contar de nuevo los mismos hechos. En esa repetición le parece volver a ver a "su damita" viva, cuando su muerte hubiese podido ser evitada. Es por eso que la narración no tiene final, porque las palabras se envuelven sobre sí mismas en una circularidad sin trascendencia. Incluso la revelación de que Aitana le ha dejado un mensaje anunciándole que lo esperará más allá de la muerte, no es sino la ocasión para volver a contar la misma historia.

Sentado frente a la pantalla del computador, lleno el corazón de la ilusión de encontrarse con Aitana, emprende la tarea de escribir sobre los hechos que lo han llevado a sentarse frente a la pantalla del computador para escribir sobre esos hechos. A fin de cuentas, es de esto de lo que se trata: de escribir, de ser escritor de un modo insobornable, sin rebajarse nunca a escribir un prólogo de ocasión, y de un modo obstinado, a contracorriente de una crítica literaria que lo ignora y de un mundillo literario poblado de celos, resentimientos y dobleces. Tal es el escritor que Espinosa se empeñó en representar para nosotros: el señor

del bastón, el licor y el cigarrillo, el gobernador de las tertulias, el mártir y el héroe apenas sí reconocido de las palabras, ceremonial si no ceremonioso. Curiosamente, una ceremonia de reconocimiento se le ofrece al escritor en las primeras páginas de *Aitana*. De igual forma, en tantas páginas y fotografías de *La verdad sea dicha*, las memorias que Espinosa publicó en 2003. En una de las últimas fotografías aparecemos él y yo, borrosos y olvidables, participando en una de esas ceremonias.

#### Obras citadas

- Didion, Joan, *The Year of Magical Thinking*, New York, Vintage, 2006.
- Espinosa, Germán, *La verdad sea dicha. Mis memorias*, Bogotá, Taurus, 2003.
- Pineda Buitrago, Sebastián, "Visión de Germán Espinosa" [entrada en un blog], 23 de julio de 2007.
- "Germán Espinosa: Los seguidores del mundo literario de Germán Espinosa", <http://maestroespinosa.blogspot.com>, 8 de noviembre de 2007.

JOSÉ EDUARDO  
JARAMILLO ZULUAGA  
jaramillo@denison.edu  
Denison University



### Entre más conozco a los hombres más amo a mi caballo

#### Tanta sangre vista

Rafael Baena

Alfaguara, Bogotá, 2007, 314 págs.

Jamás había leído una novela en tan corto tiempo. Simplemente la devoré en tres horas a un ritmo de cien páginas por hora. Fue tanta la velocidad que me olvidé de tomar notas para la reseña y ahora no sé qué decir. Más que palabras, quedé impreg-

nado de sensaciones. Muchos olores, ruidos, visiones hermosas y tenebrosas. La de Baena es una novela sensual, una novela visual, una novela de perfumes, auditiva e incluso táctil.



¿A qué tradición adscribir a *Tanta sangre vista*? No lo sé. ¿Se trata de una anacrónica novela costumbrista? No, pero algo tiene de ello. Es una novela desconcertante, decimonónica en todo el sentido de la palabra, a menos que intentemos darle lecturas paralelas (me niego a utilizar palabras como polisemia, intertextualidad, etc.). Hace pocos días indagaba acerca de un tema curioso. ¿Hay novelas sobre la Guerra de los Mil Días? La verdad, no conozco más que *Pax* de Rivas Groot y Lorenzo Marroquín, que trata de la guerra, y eso apenas de refilón. Eso sí, es una novela extraordinaria que pocos han leído. ¿Se trata en la novela de Baena de la Guerra de los Mil Días? No necesariamente, pero la atmósfera así parece indicarlo. El autor no lo dice, y en realidad no importa mucho. Más bien parece querernos decir que nuestras guerras son eternas e intemporales, que da lo mismo que estemos a principios del siglo xx que del xxi. Pero es un *puzzle* interesante extraer de ella las

pistas para ubicarla cronológicamente. La presencia de la reina Victoria en el paisaje de fondo no significa mucho puesto que la soberana británica vivió tanto que fue contemporánea de todas nuestras treinta y dos guerras civiles del siglo xix. La referencia a la “hora de las sombras largas” puede indicar que hablamos después del *Nocturno* de Silva, aunque puede tratarse igual de un anacronismo deliberado o de un simple homenaje del autor. La llegada al conflicto de las temidas armas Gatling nos permite fechar mejor que el Carbono 14. Si las armas son, por lógica, el primer invento en llegar a todas partes, nuestra guerra no puede ser anterior a la de Secesión norteamericana. “No temo equivocarme si digo que a partir de ese día el significado de la palabra carnicería cambió en este país”. Tenemos más o menos de 1865 hacia delante. Poca cosa, en verdad. La construcción del Ferrocarril de la Sabana sí nos permite ubicarnos con mayor precisión. Estamos en los albores del siglo xx. Toda esta pesquisa detectivesca es divertida. Pero obvia acaso lo más importante. El tema oculto es una reflexión sobre los orígenes de la violencia en el país. Y se descubre en el fondo un dolor del autor por el país actual. Esto es, parados a comienzos del siglo xxi podemos convertir a *Tanta sangre vista* en una reflexión sobre el tema de la guerra eterna, que para los colombianos forma desde siempre parte del paisaje.

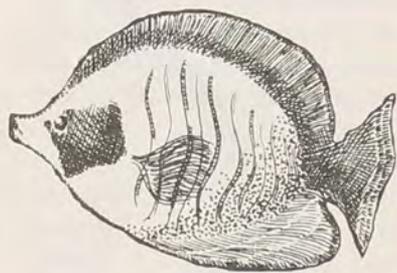
La de Baena es una visión entre regocijada y pesimista, como la del mexicano Jorge Ibarguengoitia: “Por aquellos días, fiesta que se respetara contaba con un pelotón de fusilamiento”. O bien, “Camila entendió que el final de la guerra estaba demasiado lejos en el tiempo, porque entre otras cosas las hostilidades ni siquiera habían empezado”. “Era la misma guerra jodida de siempre, con los mismos generales, los mismos oficiales con las mismas casacas, los mismos métodos de corre que te alcanzo como prólogos de choques frontales en los que, uno pensaría, los mismos campesinos de siempre morían por las mismas ra-

zones de siempre. Sólo que no eran los mismos, aunque lo parecieran”. “[...] lo que estamos viviendo ahora, una paz armada, siempre al borde del precipicio del conflicto, y ni nosotros ni ninguna familia de esta tierra tan linda se merece esa suerte”. “Hemos vivido siempre, en una masacre permanente que se lleva a los maridos y a los hijos y los devuelve, cuando los devuelve, convertidos en seres de mirada ausente que añoran el olor a pólvora y a sangre en lugar de disfrutar de las cosas sencillas como el olor a jabón de tierra en las caras de sus mujeres [...]”. “Ella emanaba el aroma de agua de alhucema con que lavaba su ropa, mezclado con el del agua florida que se aplicaba en el cuerpo después del baño diario. Eso no me constaba, pero cuando uno está enamorado gusta de inventar cosas que refuercen el enamoramiento”. Esos olores, esas sensaciones quisieran hacernos escapar de la horrible pesadilla que nos rodea. El campo, ese mismo campo en el que se combate todos los días.



La novela huele a bosta, a pasto húmedo recién cortado en la madrugada. Con algo del *Nostromo* de Conrad, aunque mucho mejor que *Nostromo*, inventa una geografía general del país: las montañas, los Andes, donde está la gran ciudad capital, San Pedro del Cerro, y las tierras bajas, lo que Álvaro Mutis

llamaría “la tierra caliente”, sólo que en el universo de Baena la tierra caliente es una sola y comparte características de la costa Caribe colombiana con los llanos orientales e incluso con las zonas selváticas de la Amazonia y la Orinoquia. Pero no importa. Eso es lo de menos. El presidente Lázaro Hidalgo, tiene nombre mexicano y evoca a Núñez cuando nos dice que había encargado la música del himno nacional a un músico italiano de paso por la gran capital, “la antigua ciudad colonial con calles empedradas por los virreyes españoles, aquel enorme pueblo cuyas ínfulas de metrópoli naufragan en los charcos de barro que las malas administraciones han dejado como firma que corrobora su desidia”. “En la capital todo era, es, un problema”. En pocos años la ciudad había duplicado el número de habitantes a causa del rosario de conflictos. Se descubre igualmente el tradicional rencor del “calentano” hacia la helada capital. E igual que hoy, los rebeldes “cada vez confundían más la lucha por la dignidad nacional con la defensa de sus intereses particulares”.



La prosa es bella, sin demasiados ornamentos. Una buena pista para entender el libro es que hay en Rafael Baena una visión de fotógrafo, de pintor de batallas. Siempre busca la estética visual, desde el mismo título. Dejemos de contemplar sangre, parece decirnos, tenemos un país con una riqueza visual enorme y es como si no lo supiéramos. En la ciudad se nos olvida muy a menudo que Colombia es por encima de todo un país rural, un país de campo. Por eso abomina de esa misma guerra que no tiene nada estético: “Una

pequeña y sangrienta masacre con vísceras expuestas y miembros amputados, una visión que recomendaría a todos aquellos que se empeñan en encontrarle el lado estético a la guerra sin haber estado jamás en una”. Baena quiere ser uno de esos trabajadores que él mismo describe, que doblan el lomo bajo el sol, no con el propósito de hacerse ricos sino de coleccionar atardeceres. La fiesta visual es permanente y permea todo el libro: “Por fortuna la culpa duró poco, vencida por la visión de su cuello y el ejercicio de imaginarlo convirtiéndose en espalda”. “Lo traje al mundo en medio de lamentos que, más que dolor, parecían de protesta e inconformidad ante la pérdida de la belleza de su cuerpo”.

Es la novela del vivac (o vivaque), de los ruidos de la madrugada: “Esa noche desperté varias veces antes del amanecer, gracias al escandaloso despiste de un gallo viejo que insistía en anticiparse a la salida del sol”. “[...] fluía una música en verdad bellísima, que me hacía olvidar mi condición de homicida uniformado y me recordaba la existencia de sensibilidades de otro tipo, también mundanas, pero bastante alejadas de la bestialidad propia de quienes vivimos para matar”. O todos los sentidos al tiempo: “Vuelve al cobijo del samán cuando el lucero del atardecer se empareja con la luna creciente y el chillido de las garzas es reemplazado por el croar de las ranas”.

La de Baena es una novela equina, de amor a los caballos más que a los hombres, que no lo ameritan. “Un caballo merece todo el cuidado del mundo porque, aunque parezca muy poderoso, es tan delicado como un conejo”. El narrador, un combatiente liberal, parece extraído a veces de algún cuento de Juan Rulfo, una novela “pa machos”: “Pedro León fue quien le enseñó a Ricardo a despojarse de todos los perendengues a la hora de montar, pues con las riendas basta y sobra, que todo lo demás es parafernalia de gente afeminada”.

Por supuesto hay otros temas secundarios. La abominación del matrimonio, como un engaño y un dispa-

rate, así como la miserable condición de la mujer casada: “Basta que un hombre sienta que la tiene a una para toda la vida para que empiece a considerarla parte del mobiliario”. Y hasta reflexiones filosóficas: “Es extraña la forma en que las cosas baladíes, los detalles ínfimos, disparan en las personas ciertos resortes que les conducen a adoptar actitudes jamás imaginadas”. O bien, “Hay dos clases de hombres, los que dejan que otros escriban su destino y los que prefieren escribirlo ellos mismos”. “En la guerra, como en la vida, hay que saber reconocer las buenas oportunidades, lo cual es un arte más relacionado con las ciencias exactas que con el simple azar”.

Al final, Baena nos deja una reflexión sobre la proximidad de la vejez. “Soy de las personas que miran a su alrededor —dice— y encuentran muy pocas razones para alegrarse o para sentir la satisfacción del deber cumplido”. Magro consuelo, es verdad.

¿Y el futuro? En la penúltima página el narrador nos dice más bien desesperanzadoramente: “Lo que ahora se avecina es la guerra civil, de nuevo la larga noche de la incertidumbre, el reinado de las charreteras, las botas altas y el afán de comprobar quién tiene mejor ajustada la bragueta del pantalón. En suma, otra vez la estupidez de la guerra entre hermanos”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



## Crónicas de un retorno

**Una gringa en Bogotá**

*June Carolyn Erlick*

Aguilar, Bogotá, 2007, 239 págs.

El punto de partida de una de las crónicas que June Carolyn Erlick ha publicado en forma de libro resume de alguna forma el espíritu de todas ellas y de la búsqueda que hace la